

Mario Augusto

“Eme” para “Muerte”

1.- ADMIRACION

Entre otras muchas cosas, mi esposa y yo compartimos el gusto por el buen teatro. Pero esa afición no nos lleva a aceptar cualquier obra de teatro sino, por el contrario, a seleccionar solamente aquellas que, según las informaciones relacionadas con las obras, los autores, los directores y los intérpretes, mejor corresponden a nuestra concepción del teatro auténtico, convincente y penetrante. Dentro de esa afición, compartimos también la admiración por el que consideramos uno de los buenos artistas panameños: Adolfo Arias. Lo conocimos en una excelente versión de “El Rey y Yo” en la que, según nuestro juicio, logró una creación tan vigorosa que ni siquiera superan las interpretaciones de grandes artistas internacionales de sólido prestigio. Aunque no es un artista profesional, en el sentido de hacer de ese arte su medio de vida, Adolfo Arias sí es un profesional del arte escénico por la alta calidad de sus interpretaciones, que alcanzan el justo equilibrio que el carácter y la personalidad del personaje y la obra exigen en cada caso. Por eso, lo admiramos hasta el punto de hacer cualquier sacrificio para disfrutar de sus esporádicas presentaciones. Y ello volvió a quedar plenamente justificado en el caso de “Marque M para Muerte” que con tan extraordinario éxito se ha estado presentando en el Teatro en Círculo, bajo la dirección de Bruce Quinne.

2.- EQUILIBRIO

Me he referido al “equilibrio” que caracteriza la capacidad artística de Adolfo Arias. Porque, precisamente, es esa capacidad de mantenerse exactamente en el filo de la navaja lo que al actor le resulta tan difícil de lograr. El actor latino tiende a sobreactuaciones lamentables: oscila entre el patetismo declamatorio y el dramatismo lacrimante, y en ello influye probablemente nuestro temperamento emocional. Adolfo Arias avanza y penetra hasta asumir el carácter y la personalidad que al personaje corresponde dentro de la obra, y allí se mantiene con soltura, con dominio, pero con sobriedad. En realidad, la impresión que tiene el espectador es la de que Adolfo Arias se quedó tras bambalinas: el que está en el escenario no es él sino un nuevo ser, que quizás conserva la envoltura física de Adolfo Arias, pero que tiene otros elementos sustanciales, que son los que definen su nueva personalidad. Y ese es, precisamente, el auténtico profesionalismo: él se hace dueño del personaje y lo crea nuevamente para hacerlo vivir en el pequeño mundo de la escena.

3.- LA OBRA

En realidad, "Marque M para Muerte" de Frederick Kontt, no es una obra extraordinaria. Incluso está muy lejos de "El Rey y Yo", "El Hombre de la Mancha" y otras que Adolfo Arias ha interpretado en nuestro medio. Es tan sólo una más entre muchas similares intrigas policiales que desde hace algún tiempo han llegado al teatro y que, en el fondo, reiteran una serie de elementos básicos, más o menos predecibles, en el planteamiento y desarrollo de la trama. Sin embargo, es un tipo de obras que siempre atrapan el interés del espectador, aún en los casos en que el argumento sea conocido. Pero ello significa un problema más, que el actor debe resolver, y que constituye uno de los retos más complejos para el artista: el de penetrar en el espectador con fuerza y convicción suficientes para sacarlo de los antecedentes y colocarlo en una situación que parezca diferente, aunque no lo sea. Hasta donde yo he podido observar en Panamá, solamente Adolfo Arias y Harry Iglesias tienen la capacidad natural y el dominio profesional necesarios para obtener el éxito en ese sentido. En "Marque M para Muerte" Adolfo Arias utiliza inteligentemente tanto el contorno escénico como la voz, el gesto y el propio silencio, para introducir al espectador en el desenvolvimiento de la obra y arrancarlo de su realidad vivencial mediante la creación de otra realidad temporalmente diferente.

4.- MONOPOLIZACION

Lamentablemente, las extraordinarias capacidades artísticas de Adolfo Arias tienen algunas proyecciones negativas: no para él ni para la obra, sino para el resto del personal que interviene en la escena y que prácticamente desaparece, no solamente cuando él está allí, dominando la totalidad del escenario, sino incluso cuando su presencia está ausente físicamente. El único que mantiene cierto grado de visibilidad es Rogelio Pretto, sin duda dueño de muy relevantes potencialidades. Pero con Pretto se cometió el error de dejarle su natural condición de galán joven en un papel que requiere cierto grado de madurez física, lo que debilita su capacidad de convicción y dominio. Es lástima porque Pretto tiene carácter y personalidad suficientes para desempeñar un papel más complejo: con un poquito de maquillaje, sin duda se hubiera convertido en un excelente reto para Adolfo Arias.

EL PENSAMIENTO DE HOY

La verdadera grandeza del artista es superar el arte e ir todavía más allá.

MICHELET.